

Harto consuelo: 545 años de la muerte de Jorge Manrique

Estatua de Jorge Manrique en Segura de la Sierra, Jaén.

Fuente: Rutasliterariasjaen.es



Luis Rosales dijo que si los españoles somos «hijos de algo» es por Cervantes y por Velázquez. Exageraba —no en vano era su recurso retórico preferido—, pero se le entiende. Quiso avisarnos de que es nuestra riquísima herencia cultural, que él epitoma en sus dos cúspides más reconocibles, la que nos configura como señores. Aunque con la misma contundencia, François-Xavier Bellamy exageró menos al titular su libro sobre el fracaso de la transmisión de la gran cultura en las actuales sociedades occidentales como *Los desheredados*. A los jóvenes a los que no se transmite esa cultura se les está hurtando una riqueza esencial y necesaria. El último libro de Alicia Delibes Liniers insiste —y nunca es demasiado— en la renuncia a la transmisión del saber, que conlleva el suicidio de Occidente.

Aprovechando las campanadas de aviso de Delibes, Bellamy y Rosales, subamos la apuesta. Se trata de transmitir, no sólo las cumbres culturales, sino un tono general, una perspectiva, una forma española de estar en el mundo. Un espíritu. Naturalmente, Cervantes y Velázquez lo representan de maravilla, entre un selecto grupo de españoles de ambos hemisferios. Contar en esa nómina escogida con Jorge Manrique resulta imprescindible. Como se cumple el 545 aniversario de su muerte, entonemos hoy unas prosas a la vida de Jorge Manrique, y analicemos su contribución al espíritu español. El filósofo Manuel García Morente cifraba en su recuperación la esperanza de nuestra nación.

Lo primero que llama la atención de Jorge Manrique es la actualidad con la que se le lee. Incluso hoy un bachiller medio puede entender el sentido general de las *Coplas a la muerte de su padre* sin problemas; y disfrutarlas. Bastan unas pequeñas notas para que nada del poema resulte una barrera. Asombra el vigor del idioma castellano de Manrique, que pasa a través los siglos como una flecha sobrevuela los castillos impugnables, los muros y baluartes y barreras, la cava honda chapada o cualquier otro reparo. Qué bien se leen *Las Coplas*. Y qué bien se cantan. Pocas veces la rima consonante ha sido tan feliz como en las sextinas manriqueñas.

La recia consistencia del castellano tiene su mérito, pero el poeta lo redobla. Se admira Pedro Salinas de que el lenguaje de un poema del siglo

XV suene tan natural, prácticamente de hoy mismo; y lo explica por la apuesta del gran poeta por la máxima sobriedad. No discutiremos al catedrático, pero tampoco hay que descartar que también haya sido, en parte, al revés: la perenne popularidad de los versos de Jorge Manrique ha mantenido vivos su vocabulario, sus expresiones y su sintaxis en el habla del lector español. La inteligibilidad de sus versos es una profecía que se autorrealiza. Si este efecto de vuelta hay que tenerlo en cuenta, como sostengo, podemos sumar otro nuevo mérito: que tanto trato continuo no haya embotado el filo de su capacidad de sobrecoger y emocionar a sus sucesivos lectores. Azorín les dedicó unas páginas transidas y era el poema preferido de Menéndez Pelayo. Jaime Gil de Biedma cuenta en su diario de 1956 que al oírlos «tuvo la revelación de la poesía». Otro grandísimo poeta español, Gustavo Adolfo Bécquer, ha sufrido más los estragos de una fama demasiado adolescente.

A Manrique también le auxilia el tema, que parece de hoy mismo. No la muerte, que es un tópico eterno de la poesía y de la vida, sino el asunto del padre. Apenas se dedicaron poemas a la figura paterna en el Siglo de Oro, ni durante el XVIII ni en el XIX. En nuestro tiempo se produce una inesperada eclosión tanto en la lírica como en la narrativa. Telémaco es un precedente prestigioso y el piadoso Eneas, pero la intensidad del amor filial y la consiguiente reflexión existencial de Jorge Manrique son una cumbre comparable, otro modelo eterno. Resultarían incontables los hijos que, en sus momentos de duelo, han sido abrazados y confortados por la recia música y la entrañable firmeza de las sextinas manriqueñas. Este modelo de amor filial y de admiración a la figura del padre sin fisuras urge en una sociedad donde los hombres se encuentran cercados por tópicos contrarios y prejuicios, y la masculinidad anda sometida a presiones sin cuento, que desconciertan a los más jóvenes. El modelo de hombre que las *Coplas* proponen, engarzado indisolublemente con la paternidad, resulta, como decíamos, una herencia irrenunciable para las nuevas generaciones. Jorge Manrique contribuye sustancialmente a plasmar el ideario eterno del caballero o del hidalgo español.

Él mismo no era un desheredado. Ni en lo cultural (había leído muy bien a Petrarca y la poesía cortesana de su tiempo, además de las crónicas

históricas) ni en lo familiar. Pertenece a una de las más esclarecidas familias nobiliarias de Castilla: los Manrique de Lara. Por parte de madre, era un Mendoza y, por tanto, pariente del Marqués de Santillana. La herencia literaria y la familiar —la sangre y la tinta— también se le unen en su tío Gómez Manrique, estupendo poeta, que influyó vivamente en él. José María Sánchez Galera ha destacado la armonía que hay en su vida entre esos dos polos que suelen denominarse «las armas y las letras».

Sin embargo, es muy significativo que en *Las Coplas* no presume de prosapia ni adorna ni siquiera expone sus hazañas. El filólogo y poeta José María Micó ha subrayado lo que calla Jorge Manrique con sobriedad castellana y estoicismo aristocrático. Además de su temple moral, son silencios muy sabios desde el punto de vista poético. De su padre, podría haber recordado que era conde de Paredes, por ejemplo. Sólo lo llama «claro varón» y «buen caballero». ¿Universaliza así más el poema? Sí, por supuesto, pero no en el sentido igualitarista que nuestra época resabiada corre a darle. Lo universaliza porque nos propone al padre como modelo de otra nobleza superior a la de sangre y a la de títulos: la nobleza de espíritu. Lejos de bajar la voz con una falsa humildad, eleva a su padre a modelo de caballero cristiano. El atento estudioso Vicenç Beltrán ha subrayado que estamos ante un poema menos ascético de lo que comúnmente se ha pensado. ¿Menos? Sí, pero no en el sentido de que no sea una obra profundamente convencida del cristianismo que profesa, sino porque no es una obra clerical. Presenta un modelo seglar de pasar por el mundo y de ganarse la gloria «con las manos». Otra lección para nuestros tiempos: un cristianismo firmemente sentido y sostenido sin una gota de blandura ni ñoñería.

Durante mucho tiempo dije a la menor ocasión que mi muerte ideal era la de don Rodrigo Manrique. Ojalá cercado de mi mujer, y de mis hijos y hermanos y criados, dando el alma a quien me la dio, y dejándoles —harto consuelo— mi memoria. Lo sigo pensando; pero he añadido en los últimos tiempos algo muchísimo más perentorio: entre líneas, Jorge Manrique nos ha dibujado un ideal de vida, al que también nos insta a aspirar.

Nos muestra, como quien no quiere la cosa, todo un mundo de virtudes, grandes, medianas y

pequeñas, que van desde la sobriedad sentimental (pero muy honda) hasta la delectación en los placeres de la vida (tan fugaces), que unas tras otras nos hacen una falta inmensa. La fe se conjuga con la fortaleza. Los derechos propios se defienden. Se confronta a los enemigos y se ama tiernamente a los amigos. Se mantiene una orgullosa independencia del poder del soberano.

Cabe un estudio sistemático del modelo caballeresco que Manrique expone, pero pondré sólo un ejemplo. Cuando cuenta de su padre: «*Pues nuestro rey natural,/ si de las obras que obró/ fue servido,/ dígalo el de Portugal,/ y en Castilla, quien siguió/ su partido*», suelta un mandoble de revés a los cortesanos de su propio bando y quizá incluso a los propios reyes naturales, poco atentos a los servicios en la frontera. El desempeño del maestro don Rodrigo lo pueden atestiguar, en cambio, los enemigos de los reyes: el de Portugal y los nobles que en Castilla se pusieron de su parte. Ésos sí, por supuesto, sin duda. Hay una evidente nobleza (esto es, una chulería con fundamento). El servicio se prueba a las duras y tan lejos que sus testigos no pueden ser los beneficiarios, sino los contrarios. Toda una ética, toda una estética.

Las Coplas son un sutil manual de caballería interior. María Zambrano, tan perspicaz, lo notó: «No es el dolor lo que se expresa en las *Coplas*, sino la meditación engendrada por el dolor». Una meditación que nos atañe y de la que nos conviene reclamar con urgencia nuestra legítima de la herencia.

BIBLIOGRAFÍA FINAL

- *Poesía*. Jorge Manrique. Edición de Vicenç Beltrán. Real Academia Española, Madrid, 2013.
- *Antología Poética de los siglos XV y XVI*. Edición de Vicente Tusón. Biblioteca Didáctica Anaya, Madrid, 1987.
- *Coplas a la muerte de su padre*. Jorge Manrique. Edición de Luis Alberto de Cuenca. Reino de Cordelia, Madrid, 2023.
- *Cualquier tiempo pasado. Vida y melancolía de Jorge Manrique*. Cruz Martínez Esteruelas. Rialp, 1991.
- *Jorge Manrique o tradición y originalidad*. Pedro Salinas. Ediciones Península, 2003.



Actividad subvencionada por el Ministerio de Cultura